

H. C. F. Mansilla

Las insuficiencias del marxismo crítico y los problemas del mundo contemporáneo I Parte: Desde Rosa Luxemburg hasta Karl Korsch

Abstract: *Based on almost unknown literature in German language and publications from Eastern Europe, the author retraces the evolution of so-called critical Marxism, since the beginning around Rosa Luxemburg and Eduard Bernstein until the revisionist Marxism which ended altogether with the collapse of communism in 1989. There is a stress on the truly original approaches of Karl Korsch and Georg Lukács. The main thesis: even Marxist dissidents did not thoroughly understand the main problems of today, because the core of Marxism could not question modernity, ecological problems and the idolatry of technique and economic-material development.*

Resumen: *Utilizando materiales poco conocidos de Europa Oriental y en lengua alemana, el autor traza el desarrollo del llamado marxismo crítico desde las primeras controversias (Rosa Luxemburg y Eduard Bernstein) hasta el marxismo revisionista que terminó alrededor de 1989 con los regímenes comunistas. Se hace énfasis en los aportes verdaderamente originales de Karl Korsch y Georg Lukács. Se pone de manifiesto que hasta las corrientes disidentes del marxismo crítico no estuvieron nunca a la altura de los tiempos, ya que estas corrientes jamás encararon problemas como la crisis de la modernidad, los aspectos ecológicos y la idolatría de la técnica y del desarrollo material-económico.*

El rápido colapso del socialismo en Europa Oriental a partir de 1989, la dramática descomposición de la Unión Soviética y la no tan sorpresiva declinación de instituciones y prácticas asociadas consuetudinariamente al marxismo han reavivado el debate en torno al fundamento teórico de estos sistemas. Su fracaso histórico abre nuevamente el viejo debate sobre el valor analítico y pronóstico del marxismo¹, sobre la solidez de su base científica y las implicaciones éticas de esta doctrina. Aunque el marxismo exhibió desde un comienzo una notable pluralidad programática e interpretativa y aunque el destino fáctico de los regímenes socialistas no conlleva imprescindiblemente una condena definitiva de la teoría que los inspiró, lo cierto es que ningún edificio conceptual queda incólume si la praxis le es adversa de manera persistente.

Los méritos del marxismo son substanciales y bien reconocidos; después de todo, el mundo contemporáneo ha sido moldeado parcialmente por las ideas y los ideales de sus partidarios. La contribución teórica del marxismo para comprender los fenómenos de enajenación y alienación —parte constitutiva de la modernidad— es indispensable y válida aun hoy². Como afirmó Friedrich Engels en 1883 (en su *Oración fúnebre* consagrada a su amigo Marx), la doctrina marxista brindó al proletariado la percepción “científica” de su propia situación y la conciencia de las condiciones de su emancipación. Pero en un

lapso de pocos años, el marxismo se transformó en un dogma impermeable al cambio y en un instrumento de dominación y disciplinamiento. Esta evolución, que comenzó en el seno de los partidos socialdemocráticos, fue consolidada y reforzada considerablemente por Vladimir I. Lenin y por la victoriosa Revolución de Octubre en Rusia. Las consecuencias teóricas y prácticas de este desarrollo han sido estudiadas exhaustivamente; por ello la ortodoxia soviética posterior a 1930 y las escuelas adscritas a ella —como la mayoría de las corrientes marxistas en el Tercer Mundo³— no estarán en el centro del presente estudio. Al lado de este “marxismo institucional” (Leszek Kolakowski), protegido por las armas y el prestigio de una potencia mundial, han existido variantes de un “marxismo crítico”, opuesto a la ortodoxia moscovita, y del cual se esperaba hasta hace poco un pensamiento y una praxis genuinamente humanistas y emancipatorias y, simultáneamente, la readecuación de la doctrina original a la evolución del mundo contemporáneo. *En este ensayo examinaré someramente por qué este marxismo crítico no ha estado a la altura de los tiempos y de los conocimientos científicos generados fuera de él.* Es importante comprender por qué estas tendencias críticas, que experimentaron a partir de 1968 un breve pero intenso renacimiento, se agotaron bien pronto, tanto en su función teórico-analítica como en su dimensión ético-política. Mucho antes de 1989 y del actual florecimiento de las escuelas postmodernistas y afines, el llamado marxismo crítico había cesado de jugar un rol importante en las ciencias sociales. Las contribuciones científicamente heurísticas y relevantes —como las de la *Escuela de Frankfurt*— se han dado prácticamente fuera de los presupuestos conceptuales y del horizonte de expectativas de todas las variantes del marxismo. En muchos campos del saber, desde la antropología hasta la estética, los aportes rescatables de marxistas se deben a un trabajo serio en la disciplina respectiva, que tiene bien poco que ver con una dimensión teórica inspirada realmente por el marxismo, por más que el investigador haga profesión de fe de la doctrina marxista. Por ello estas corrientes no serán consideradas en este ensayo,

como tampoco, por razones de espacio, el llamado austro-marxismo, el existencialismo radicalizado de Jean-Paul Sartre, el eurocomunismo y el multifacético reformismo italiano.

Las similitudes entre el marxismo institucional y el crítico

El marxismo crítico ha sido denominado también “marxismo occidental”⁴, lo cual es equívoco, puesto que esta calificación deja a un lado los aportes, muchas veces indispensables, provenientes de Europa Oriental y de la propia Unión Soviética. Una de las tesis centrales de este trabajo postula precisamente una considerable similitud entre todas las corrientes contestatarias y ciertos elementos fundamentales de aquel marxismo canonizado más tarde por la ortodoxia moscovita. Este ensayo pretende esclarecer la paradoja que se da en una posición que exhibe *simultáneamente* aspectos críticos y apologéticos, y cuyos ejemplos tempranos pueden observarse en la obra de Luxemburg, Trockij y Buxarin.

Rosa Luxemburg (1871-1919) fue una de las exponentes más notables de un marxismo independiente. Ya en 1904 censuró el “ultracentralismo brutal” contenido en la nueva concepción del partido de Lenin: ésta sería el intento de introducir la disciplina del cuartel, la fábrica y de los estamentos burocráticos al interior del partido socialdemocrático, dando como resultado una elite dirigente privilegiada y una masa de seguidores sometidos a la obediencia más estricta y separados para siempre de la cúpula decisoria. Como se sabe, ella mantuvo esta posición crítica con respecto al partido bolchevique después de la Revolución de Octubre de 1917⁵. Pero al mismo tiempo Luxemburg sostuvo como verdades indubitables algunos teoremas importantes del marxismo que ya entonces eran altamente controvertidos: la validez intangible de todos los pronósticos de Marx en torno al desarrollo de la economía capitalista, la polarización incesante de clases, la pauperización creciente del proletariado, la necesidad de subordinar las labores sindicales a las políticas, la inutilidad de toda labor parlamentaria (el sistema parlamentario como “cretinismo”), el

carácter meramente “formal” de la burocracia “burguesa” (contrapuesto a la verdadera democracia socialista) y la obligación de impedir todo “reformismo pequeño-burgués” al estilo del despreciable Eduard Bernstein⁶. Por otra parte, Rosa Luxemburg reiteró el tópico marxista de rechazar y combatir la organización federal de un Estado, los particularismos regionales y las peculiaridades históricas preburguesas y preindustriales en cuanto reliquias singularmente odiosas del régimen “feudal”; el centralismo estatal de corte unitario constituiría uno de los grandes logros del capitalismo, que la revolución socialista debería profundizar a toda costa y que sería especialmente adecuado para países con varias nacionalidades como Rusia. Luxemburg se opuso tenazmente a la independencia de su patria, Polonia. Suponiendo que la evolución de Europa Occidental es obligatoria para el resto del mundo, calificó el Imperio Austro-Húngaro —esa sabia construcción de lealtades laxas, autonomías regionales y tolerancia hacia las distintas nacionalidades y razas— como un fenómeno histórico “anómalo”⁷.

También Lév D. Trockij (1879-1940) criticó acremente en 1904 la concepción leninista del partido, posición de la cual Trockij abjuró definitivamente en 1917, cuando se plegó a la doctrina leninista en cuestiones de organización y cuando Lenin se adhirió, en lo esencial, a su *teoría de la revolución permanente*⁸. De modo clarividente Trockij previó que el modelo leninista produciría dos efectos fatales: la elite de revolucionarios profesionales tomaría a su cargo la labor de “dirigir y educar” al proletariado y éste la de obedecer; el partido sustituiría la voluntad del proletariado, el comité central la del partido y el “dictador” la del comité central⁹. Después de renunciar a este enfoque crítico, Trockij se convirtió —o volvió a ser— un apologeta de los tópicos más reaccionarios y de los métodos más duros del régimen soviético: con toda razón se lo ha llamado un precursor del stalinismo¹⁰.

Trockij, el creador del Ejército Rojo, fue un genio de la organización y las estrategias militares; pero, en su calidad de Comisario del Pueblo para el Ejército y la Marina y Presidente del Soviet Supremo Militar, ordenó el 8 de agosto de

1918 la erección de “campos de concentración” no sólo para “saboteadores y oficiales contrarrevolucionarios”, sino para los “parásitos sociales” y todo aquel opositor que saliese con vida de un juicio militar sumario¹¹. Esta actitud se inscribe en su vehemente rechazo a toda manifestación de rebeldía e insubordinación contra sus ideas y órdenes, aunque sea sólo en el campo intelectual; la historia posterior del trotskismo y de la IV Internacional¹² —una historia de mezquindades ridículas y escisiones pintorescas, que no aportó nada al florecimiento de un marxismo crítico— tiene que ver probablemente con ese espíritu de intolerancia y sectarismo, por demás cercano a las tradiciones rusas y asiáticas más habituales de su tiempo. En este sentido no es de extrañar que Trockij haya defendido la utilización de cualesquiera medios para alcanzar determinados fines, con el argumento de que ello ha sido lo corriente a lo largo de la historia universal¹³. Aparte de celebrar el rol progresista de la violencia política, Trockij compartió la difundida opinión de que los derechos humanos, la democracia representativa y el pluralismo ideológico constituirían meras formalidades con utilidad instrumental¹⁴. Contra las fracciones de izquierda dentro del partido bolchevique y basado en la idea muy convencional de que el Hombre es perezoso por naturaleza, Trockij propuso (con cierto éxito) en 1920 la *militarización de las relaciones laborales y de los sindicatos* para conseguir la disciplina, el sacrificio y el sentido de jerarquías que sólo se da en el ejército, apoyado en este punto por su famoso adversario Nikolaj I. Buxarin (1888-1938), después de Lenin el teórico más destacado del partido¹⁵.

En el exilio y tras experimentar en carne propia los rigores de pertenecer a la oposición, numerosos líderes comunistas, entre ellos Trockij, descubrieron y reconocieron tibiamente las bondades de la legalidad y la democracia burguesas, pero sin jamás admitir la propia responsabilidad en la edificación de un orden totalitario. En su análisis del stalinismo de 1936 Trockij afirmó que la Unión Soviética se había convertido en una sociedad dual: socialista con respecto a la propiedad de los medios de producción, pero “burguesa” en relación con los odiosos mecanismos de control

y coerción. Lo “burgués” seguía encarnando lo negativo, mientras que lo “socialista” —contra toda la experiencia fáctica— continuaba representando únicamente factores positivos. La concepción de que la Unión Soviética era un Estado socialista con “degeneraciones burocráticas”, pero socialista al fin y al cabo, no ayudó ni a iluminar el pasado ni a construir un marxismo genuinamente crítico, y más bien contribuyó a seguir arrastrando y exaltando un legado pleno de errores y monstruosidades¹⁶.

Por lo demás, Trockij y su adversario Buxarin impidieron el surgimiento de un pensamiento genuinamente crítico al repetir hasta el cansancio los lugares comunes de su entorno: para superar el periodo de transición al comunismo pleno hay que restablecer las jerarquías y los castigos e instaurar una especie de dictadura pedagógica¹⁷ (donde la disciplina laboral es indispensable), mientras que el capitalismo se halla en medio de una crisis incurable, el mercado refleja la irremediable anarquía del orden burgués y la polarización de clases en los países capitalistas avanza sin cesar. La *dictadura pedagógica* se aviene con la visión tecnocrática que tenía la cúpula bolchevique en torno al funcionamiento de la sociedad: una élite de militares, políticos y gerentes es imprescindible porque la masa de los simples trabajadores no se percató de los complejos problemas asociados a los procesos productivos y administrativos de un Estado moderno.

La diferencia decisiva entre capitalismo y socialismo es vista por Trockij mediante el “lenguaje de las cifras”; éxitos en producción y otros factores cuantitativos determinarían cuál es el orden superior. En una de sus últimas obras (*La revolución traicionada*), que denota un cierto espíritu escéptico, Trockij aseveró que el socialismo no ganó su “derecho al triunfo” en las páginas de *El capital* de Marx, sino en un enorme territorio geográfico y por medio del “idioma del hierro, del cemento y de la electricidad”.¹⁸ De esta manera las metas normativas establecidas por la economía capitalista permanecieron vigentes en el imaginario comunista de todas las corrientes. Buxarin y el destacado economista Evgenij A. Preobrazhenskij (1886-1937) —ambos pertenecían entonces a la fracción de izquierda— pensa-

ban en 1919 que el mundo y las sociedades humanas no ofrecerían resistencia seria a un cambio revolucionario inducido por aquellos que conocen el rumbo de la historia y sus necesidades. Lo razonable sería un desarrollo basado esencialmente en el despliegue impetuoso de la técnica y en enormes proyectos de industrialización e infraestructura. Esta “alianza entre la ciencia¹⁹ y la industria” estaría inextricablemente ligada a la pronta desaparición del dinero, el Estado, la burocracia y la administración de justicia²⁰: una utopía, en la cual también creyeron Marx y Engels. Trockij y Buxarin —como casi todos los marxistas rusos— sostuvieron durante largo tiempo que las decisiones del partido comunista eran la encarnación de la verdad; ésta no se discernía a través del análisis teórico o el debate libre de puntos controvertidos, sino mediante las determinaciones del comité central²¹. Según ellos (y miles de comunistas) no se podía tener razón fuera del partido. El éxito posterior del stalinismo estuvo garantizado desde un primer momento porque hasta sus adversarios más lúcidos creían que el partido personificaba una verdad histórica superior y una forma de organización política más perfecta que todas las inútiles construcciones de la democracia formal y burguesa. Aunque no se puede postular un nexo obligatorio de causa y efecto entre la concepción leninista del partido y el despotismo de Stalin, no hay duda de que la cultura política del autoritarismo de la Rusia presocialista y la idea de la verdad histórica incorporada en la rígida estructura del partido favorecieron el surgimiento y la consolidación de la dictadura stalinista²². No es superfluo recordar que Lenin mismo coadyuvó a este resultado mediante su estricto control sobre toda actividad del partido bolchevique y su rechazo explícito a toda libertad de expresión y crítica en el seno del mismo, libertad que Lenin calificó tempranamente de oportunismo, eclecticismo y obscurantismo²³.

La universalidad de la modernización autoritaria

Es interesante mencionar, así sea de forma muy breve, que mucho antes de la asunción de

Stalin al poder supremo, las diferentes corrientes de oposición a la ortodoxia leninista —la “Oposición Obrera”, los “Centralistas Democráticos”, la “Verdad Obrera”, las agrupaciones anarco-sindicalistas, los rebeldes de Kronstadt, el “Grupo de los 46”— no aportaron ningún elemento que posteriormente fructificara en un marxismo crítico o promoviese una cultura política genuinamente democrática. Estas tendencias personificaron ciertamente “la consciencia de la revolución”²⁴, puesto que ellas intentaron con todo candor transformar los ideales de 1917 en realidad: solidaridad inmediata entre todos los proletarios y revolucionarios, extinción paulatina del Estado y de sus instancias represivas, terminación de medidas coercitivas en lo relativo a la libertad de expresión y asociación, autonomía para las fracciones en el seno del partido, autonomía sindical y rechazo tanto de las degeneraciones burocráticas del gobierno como de la militarización en la esfera laboral. Pero se trataba de una oposición profundamente dividida, incapaz de actuar en la esfera político-institucional, interesada sobre todo en restaurar la libertad de acción del movimiento sindical y la validez de algunos derechos humanos masivamente pisoteados por el gobierno bolchevique. Eran grupos políticos inmersos completamente en la tradición histórico-cultural del autoritarismo²⁵, igual que sus oponentes; rehusaban con la misma vehemencia el pluralismo ideológico, la democracia “formal”, las prácticas liberales y la economía de mercado. Su interés por la esfera teórica fue simplemente nula, aunque hay que reconocer que reavivaron un impulso loable por la conexión entre política y ética, que fructificó sin duda alguna en la fuerte dimensión moral de la oposición soviética después de la Segunda Guerra mundial. Alrededor de 1960-1970 los marxistas disidentes en la Unión Soviética y en Europa Oriental también acariciaban objetivos muy modestos: la superación del dogmatismo y monismo neostalinistas, el respeto a opiniones divergentes en los campos del arte, la literatura y las ciencias, la reducción del centralismo burocrático, la introducción de elementos de mercado dentro de la economía planificada, la descentralización administrativa, el fin de la represión indiscriminada contra los disidentes, la

reinstauración de la “legalidad socialista”, un mejor reclutamiento de los gerentes de empresas y la autonomía efectiva de los países pequeños²⁶.

Las principales demandas de la oposición rusa alrededor de 1920-1924 consistían en (1) la industrialización masiva, (2) la colectivización de la agricultura, y (3) la planificación exhaustiva, lo que conllevaba necesariamente la abolición del mercado y de los productores independientes. Posteriormente la ortodoxia stalinista hizo suyas estas demandas. En el plano de la teoría esto significó la carencia de una conciencia crítica frente a los intentos de la *modernización totalitaria estatista*, que, después de todo, fue la constante en Rusia a partir del zar Pedro I el Grande: a nadie le sorprendió la mixtura de la tecnología occidental y el legado de la cultura política del autoritarismo. La adopción de elementos centrales del capitalismo alemán de guerra se combinó inextricablemente con el viejo mesianismo ruso y con formas secularizadas del milenarismo popular de aquellas tierras: la europeización de Rusia en el campo técnico-económico se conjugó con un retorno a modelos asiáticos de despotismo tradicional²⁷. El gran logro de la Rusia comunista fue la creación de un modelo relativamente estable (durante setenta años) que aunaba una modernización burocrática, decretada desde arriba y copiada de modelos foráneos, con una herencia socio-cultural signada por la carencia de elementos racionales, humanistas, liberales y democráticos. Precisamente el hecho de que nadie analizó teóricamente esta constelación y extrajo las consecuencias ético-políticas de la misma es uno de los factores para aseverar que nunca hubo un marxismo genuinamente crítico en la antigua Unión Soviética²⁸.

A partir de 1917 en Rusia y después de 1945 en Europa Oriental y en el Tercer Mundo, ortodoxos y disidentes del marxismo aceptaron como obvio e inevitable un modelo de desarrollo que era, en el fondo, un sistema autoritario —cuando no totalitario— de modernización, que mediante los conocidos procesos de la industrialización acelerada, la acumulación forzada de capital, la explotación inhumana de los productores independientes y los campesinos²⁹, la educación especializada y hasta las manipulaciones poblacionales

(traslados coercitivos de enormes segmentos de varias etnias de una zona a otra), trató de alcanzar y superar la evolución de las naciones occidentales en un espacio muy breve de tiempo.

Lo que faltó a la teoría de los opositores marxistas antistalinistas fue una reflexión crítica en torno a una problemática central. La transferencia de recursos del sector presocialista (campesino y artesanal) al socialista (industrial y burocrático), es decir la "acumulación primaria socialista", representa una *contradictio in adiecto* según la doctrina primigenia de Karl Marx: la contaminación del "reino de la libertad" con los elementos alienantes y despóticos de regímenes presocialistas hace imposible la crítica y el distanciamiento con respecto a estos instrumentos y procesos, los disimula como algo ineludible (y relativamente innocuo) y los perpetúa así como fenómenos inherentes a todo orden socialista. El disciplinamiento de toda la población mediante el uso generoso de procedimientos represivos reaviviza las tradiciones más autoritarias del pasado. El capitalismo alemán de guerra representó para Vladimir I. Lenin, como se sabe, un dechado de virtudes digno de ser imitado en la Rusia soviética: todos los trabajadores deberían ser congregados en un solo organismo económico que trabajase con la precisión de un reloj, organismo que tendría que obedecer la voluntad unitaria de un único dirigente. Todos los obreros deberían ser empleados del Estado; el socialismo no sería otra cosa que un monopolio del capitalismo de Estado utilizado para el provecho de todo el pueblo³⁰. Lenin propugnó la utilización de los medios más represivos para alcanzar sus fines: aconsejó no arredrarse ante los "procedimientos bárbaros" de Pedro el Grande para luchar contra la "barbarie"³¹, que era, en realidad, lo premoderno. Esta posición, que privilegia la centralización, los métodos militares y la burocracia en cuanto los mecanismos más eficientes de organización social, ha sido inmensamente popular en todos los partidos comunistas y en círculos de marxistas de toda laya; su inconveniente estriba en que se halla contrapuesta a las presuposiciones que Marx atribuyó a un régimen socialista: el acercamiento efectivo al "reino de la libertad", la terminación de los fenómenos de

alienación y enajenación, la paulatina extinción del Estado, el libre desenvolvimiento del individuo libre de las coerciones sociales.

Todos estos elementos facilitaron indudablemente el advenimiento del stalinismo, máxime si este régimen conllevó el renacimiento de prácticas y valores asociados a lo que se ha llamado el *asiatismo*³². La construcción del socialismo en el seno de una sociedad que no estaba preparada para ello³³ ha tenido asimismo una relevancia considerable en la esfera de la teoría: no sólo no se promovió ningún impulso realmente crítico, sino que el Estado usó todos los medios a su alcance para transformar el marxismo en un *instrumento legitimatorio del poder*. Uno de los resultados de este proceso fue el continuado descenso del nivel teórico: en la obra de Lenin el ímpetu crítico y los elementos heurísticos son ya muy limitados si se los compara con aquellos de los padres fundadores del marxismo, y bajaron aun más hasta tocar fondo con Iosif V. Stalin (1879-1953), sus secuaces y cortesanos³⁴. De todas maneras los escritos de Stalin son muy interesantes para comprender las motivaciones, las metas y los intereses profanos de una buena parte de los marxistas hasta entrada la década de 1960³⁵. En ellos aparecen algunos tópicos del marxismo institucional con toda claridad: el ensalzamiento del colectivismo y el vituperio del individualismo; la creación teórica como fabricación de contestaciones simples y fácilmente comprensibles a cuestiones predefinidas de tal modo que es posible una sola respuesta; exégesis de citas clásicas en un tedioso estilo de catecismo como principal trabajo intelectual; concepción maniqueísta del universo y del Hombre (lo "correcto" frente a lo "equivocado"); la investigación científica como recuperación y aplicación de verdades ya manifestadas *ex cathedra* por los clásicos y sus intérpretes autorizados; teoremas y postulados de los padres fundadores considerados como hechos empíricos comprobados; la dialéctica como una doctrina armónica donde finalmente se diluyen todas las contradicciones³⁶. La transformación del marxismo en un saber legitimatorio ocurrió en una sociedad necesitada urgentemente de todo tipo de justificaciones. Se requería, por ejemplo, de una ideología que confirmara la validez de "leyes de

hierro" de la evolución histórica para exculpar o encubrir los actos voluntaristas de los grandes dirigentes (que fueron decisivos para la Revolución de Octubre y la construcción de un orden técnicamente moderno bajo Stalin); se precisaba de una ideología compensatoria para velar la diferencia entre la realidad prosaica de cada día, plena de los más terribles sacrificios, y los postulados emancipatorios del marxismo original³⁷.

El aporte de Karl Korsch

Muy diferentes son los enfoques teóricos asociados a la memoria de Korsch y Lukács: se advierte inmediatamente otra atmósfera cultural, intelectualmente más densa y temáticamente más rica, lo que probablemente llevó a la denominación de *marxismo occidental*. La obra pionera de Karl Korsch (1886-1961) se originó en la crítica del marxismo institucional en cuanto saber instrumental, es decir en el intento de retornar al marxismo primigenio como impulso esencialmente crítico, ético y emancipatorio. Militó de modo destacado en el Partido Comunista de Alemania, lo que no impidió que tuviera desde un comienzo dificultades con la jefatura, que estaba más interesada en la manipulación de los afiliados que en la liberación de las masas. Su libro decisivo, *Marxismo y filosofía*, fue publicado en 1923, simultáneamente con la obra fundamental de Georg Lukács. Korsch fue expulsado del partido en 1926 y se convirtió en uno de los primeros marxistas independientes. El acuñó el término "marxismo crítico" y lo usó hasta la emigración (1933).

Los tres puntos de partida de Karl Korsch son substanciales porque fundamentaron el desarrollo de un marxismo opuesto a la ortodoxia moscovita.

(A) Como todo fenómeno social y cultural, el marxismo está sujeto a sus propias premisas, a la historicidad y es, por ende, transitorio: no conforma una doctrina metafísica válida en todo tiempo y lugar (como lo suponía la vulgata socialdemocrática y la comunista), que sólo debe ser "aplicada" adecuadamente para descifrar el universo material y social. Más que aseveraciones concretas sobre temas específicos, el marxis-

mo estaría conformado por una actitud crítica ante los problemas de la esfera social-histórica y no frente a temas de las ciencias naturales. El *corpus* central del marxismo no es, según Korsch, positivo sino crítico³⁸, y la versión soviética del mismo se reduciría a ser una *ideología* justificatoria para implementar en la Rusia feudal un desarrollo capitalista³⁹. El despliegue de los hechos históricos y las "necesidades" del movimiento comunista son factores que podrían explicar la *involución* del marxismo de una doctrina ético-revolucionaria a una teoría objetivista del desarrollo histórico obligatorio.

(B) La transformación del marxismo en un saber instrumental del poder fue posible porque Lenin y sus compañeros subordinaron el concepto de verdad bajo el criterio de eficacia político-partidaria, retornando además a doctrinas precríticas y pretranscendentales, es decir anteriores a Immanuel Kant en los campos de la gnoseología, la ética y ontología⁴⁰. Siguiendo las corrientes del positivismo burgués predominante, las leyes compulsivas del desarrollo histórico y la comprobación de hechos empírico-políticos fueron totalmente separadas de las cuestiones de moral y comportamiento práctico⁴¹. El mérito de Korsch estriba en haber mostrado las consecuencias de una incipiente *positivización* del marxismo (que comenzó con Friedrich Engels), la que prescribe una dicotomía entre teoría y praxis, entre hechos y moral, dicotomía que fomenta el surgimiento de un saber legitimatorio del poder fáctico.

(C) Finalmente Korsch, siguiendo intuiciones de Eduard Bernstein, por quien no tuvo la más mínima simpatía, entrevistó que hasta el marxismo original sufría bajo algunas concepciones dogmáticas y hasta peligrosas para la praxis: la normativa encarnada por Europa Occidental como modelo más o menos obligatorio de desarrollo técnico-económico y la excesiva importancia atribuida al Estado como agente de cambio, precisamente en el caso de revoluciones socialistas⁴².

A partir de la emigración (1933), Korsch produjo poquísimo en el plano teórico y prácticamente nada que enriqueciera un marxismo crítico⁴³. En realidad fue inconsecuente con sus mejores ideas heterodoxas: enunció, pero no utilizó su teorema de que el marxismo y sus

conocimientos estarían sometidos a una especie de relativismo histórico. Los textos de Korsch después de 1930 no exhiben un carácter heurístico y adecuado a la compleja realidad del capitalismo tardío; son análisis que aplican a una variedad de casos muy diferentes entre sí, los mismos estereotipos convencionales que él censuraba con toda razón. Su intento incipiente de salvar un marxismo purificado de las deformaciones soviéticas no llegó a conformar un impulso teórico a la altura de la época y de sus propios postulados intelectuales⁴⁴. A Korsch le faltó (a) una interpretación global de su época basada en datos empíricos (como lo intentó Eduard Bernstein a fines del siglo XIX); (b) una visión crítica del progreso material y de los adelantos científico-técnicos (como lo ensayó la *Escuela de Frankfurt* con su crítica de la civilización industrial); y (c) un estudio enriquecido mediante elementos de psicología social en torno a los fenómenos que más le preocuparon, como el Estado, la burocracia y el partido.

Notas

1. Cf. los estudios de carácter global: Iring Fetscher, *Der Marxismus. Seine Geschichte in Dokumenten* (El marxismo. Su historia en documentos), Munich: Piper, 1967; Jean-Yves Calvez, *Karl Marx. Darstellung und Kritik seines Denkens* (Karl Marx. Presentación y crítica de su pensamiento), Olten/Freiburg: Walter, 1964; Rafael Arrillaga Torrens, *Dialéctica y marxismo. Utopía y realidad en el mundo actual*, San Juan: Cultural Puertorriqueña, 1989.

2. Pese a la crítica postmodernista, a lo recuperable corresponde también el aun fructífero análisis de Marx acerca de la diferencia entre valor de uso y valor de intercambio. Entre los muchos aspectos todavía válidos del *opus* marxista se encuentra, por ejemplo, la relevancia atribuida al vínculo entre pasión y verdad, esencial para el surgimiento y el avance del arte y la ciencia. Cf. Karl Marx, *Nationalökonomie und Philosophie* (Economía política y filosofía = Manuscritos de París), en: Marx, *Die Frühschriften* (Escritos tempranos), compilación de Siegfried Landshut, Stuttgart: Kröner, 1964, p. 275.

3. A pesar de su importancia práctico-política, el marxismo en el Tercer Mundo no ha producido innovaciones teóricas que hayan fructificado efectivamente el *corpus* de la doctrina a nivel mundial. La relevan-

cia del marxismo tercermundista ha estribado en la creación de una *ideología* autoritaria de modernización acelerada, adornada con elementos socialistas y nacionalistas.

4. El término "marxismo occidental" fue acuñado probablemente por Maurice Merleau-Ponty en 1955 para denotar una corriente de pensamiento iniciada alrededor de 1923 por Georg Lukács y Karl Korsch y contrapuesta explícitamente a la ortodoxia moscovita. Cf. M. Merleau-Ponty, *Les aventures de la dialectique*, París: Gallimard, 1955, p. 35 sqq.; Perry Anderson, *Considerations on Western Marxism*, Londres: New Left Books, 1976; Neil MacInnes, *The Western Marxists*, New York: Library Press, 1972.

5. Rosa Luxemburg, *Organisationsfragen der russischen Sozialdemokratie* (Cuestiones organizativas de la socialdemocracia rusa) [1904], en: Luxemburg, *Schriften zur Theorie der Spontaneität* (Escritos sobre la teoría de la espontaneidad), compilación de Susanne Hillmann, Reinbek: Rowohlt, 1971, p. 71, 74 sq., 80. Cf. sus observaciones ejemplarmente críticas acerca de la dictadura del partido bolchevique (heredero de las estrategias conspirativas de los jacobinos) en su obra póstuma: *Die russische Revolution* (La revolución rusa), en: *ibid.*, p. 171, 188.

6. Luxemburg, *Die russische...*, *ibid.*, p. 191; Luxemburg, *Sozialreform oder Revolution* (Reforma social o revolución) [1897], in: *Schriften...*, op. cit. (nota 5), pp. 7-67, especialmente p. 36; Luxemburg, *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften* (Huelga de masas, partido y sindicatos) [1906], en: *ibid.*, p. 147.

7. Luxemburg, *Organisationsfragen...*, op. cit. (nota 5), p. 72; *Die russische...*, *ibid.*, pp. 175-177. Sobre la obra de Rosa Luxemburg cf. F. L. Carsten, *Freiheit und Revolution: Rosa Luxemburg* (Libertad y revolución: Rosa Luxemburg), en: Leopold Labedz (comp.), *Der Revisionismus* (El revisionismo), Colonia/Berlin: Kiepenheuer & Witsch 1966, pp. 68-95, especialmente pp. 78-81.

8. L. D. Trockij, *Die permanente Revolution* (La revolución permanente), Frankfurt: EVA, 1971, p. 24 sq., 62 sq., 112, 123. En esta obra Trockij sistematizó su concepción que sería particularmente popular en las periferias europeas, en tierras del Tercer Mundo y entre revolucionarios profesionales: la revolución socialista brotaría de modo más probable en aquellas sociedades subdesarrolladas que denotaran una mayor madurez político-ideológica que en las naciones económicamente más avanzadas. La "revolución democrático-burguesa" tendría lugar conjuntamente con la socialista y en un lapso temporal extremadamente breve. Aunque el triunfo definitivo de una revolución

socialista estuviera ligado, según Trockij, a la expansión de la misma a las sociedades altamente industrializadas, el lugar para el estallido revolucionario se trasladó a comunidades históricamente menos evolucionadas y se potenció el rol del factor subjetivo, es decir la función central y dirigente de la elite de revolucionarios-intelectuales.

9. L. D. Trockij, *Unsere politischen Aufgaben* (Nuestras tareas políticas) [1904], en: Trockij, *Schriften zur revolutionären Organisation* (Escritos sobre la organización revolucionaria), compilación de Hartmut Mehlinger, Reinbek: Rowohlt, 1970, p. 68, 73 (teorema de la sustitución de voluntades políticas). No aporta mayores luces una obra situada dentro de la mejor fase del marxismo crítico: Umberto Cerroni / Lucio Magri / Monty Johnstone, *Teoría marxista del partido político*, Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente (# 7), 1971.

10. El título de un libro de Willy Huhn es tan preciso como lacónico: *Trockij — der gescheiterte Stalin* (Trockij — el Stalin fracasado), Berlin/W: Kramer 1973. Cf. otras críticas a Trockij: N. Osinskij [Valerian V. Obolenskij], *Zur Frage der "Militarisierung der Wirtschaft"* (Sobre la cuestión de la "militarización de la economía") [1920], en: Frits Kool / Erwin Oberländer (comps.), *Arbeiterdemokratie oder Parteidiktatur* (Democracia de los trabajadores o dictadura del partido), Olten/Freiburg: Walter, 1967, pp. 141-157 (vol. 2 de la excelente serie: *Dokumente der Weltrevolution* [Documentos de la revolución mundial], compilación de Herbert Lüthy); Robert Vincent Daniels, *The Conscience of the Revolution. Communist Opposition in Soviet Russia*, Cambridge: Harvard U.P., 1965, pp. 104, 108 sq., 121-124, 194, 224, 231, 240 (la obra más destacada y mejor documentada sobre esta temática); Jean-Jacques Marie, *El trotskismo*, Barcelona: Península, 1972, p. 132 (acápito: "El trotskismo ¿no es un stalinismo al revés?"); Victor Serge, *Erinnerungen eines Revolutionärs 1901-1941* (Recuerdos de un revolucionario), Wiener Neustadt: Räte-Verlag, 1974, pp. 388-395 (sobre las simetrías entre el pensamiento trotskista y el stalinista).

11. Willy Huhn, *Trockij und die proletarische Revolution* (Trockij y la revolución proletaria), en: Huhn, op. cit. (nota 10), p. 38 sq. Es una de las primeras menciones explícitas en toda la historia al concepto de "campo de concentración".

12. Sobre el desarrollo del trotskismo cf. el volumen bien documentado de Jean-Jacques Marie, op. cit. (nota 10), passim; la IV Internacional se ha destacado por sus curiosos ímpetus ortodoxo-puristas, declarando que es la única depositaria de la doctrina original marxista, y por su celo antirrevisionista, combatiendo

todo lo que no es estrictamente trotskista. Cf. los documentos programáticos de la IV Internacional en: Günter Hillmann (comp.), *Selbstkritik des Kommunismus. Texte der Opposition* (Autocrítica del comunismo. Textos de la oposición), Reinbek: Rowohlt, 1967, pp. 141-154.

13. L.D. Trockij, *Terrorisme et communisme. L'Anti-Kautsky* [1920], París: Union Générale d'Éditions, 1963, p. 28 y caps. II & III; en 1935 mantuvo esta posición, afirmando que la violencia es la ley histórica del progreso: Trockij, *Préface à la deuxième édition anglaise*, en: ibid., p. 314 sq.

14. Trockij, *Terrorisme*, ibid., pp. 57-83, 99-107, 315.

15. Trockij, ibid., pp. 204 sq., 208-226. En igual sentido: Nikolaj I. Buxarin, *Ökonomik der Transformationsperiode* (Economía del periodo de transformación) [1920], Reinbek: Rowohlt 1970, p. 110, 116 sq., 127, 155 sq. Buxarin, que entonces era uno de los dirigentes de la fracción de izquierda, afirmó que la nueva disciplina militar hubiera sido bajo circunstancias capitalistas una especie de esclavismo, pero bajo un régimen socialista se convertía casi automáticamente en la "auto-organización de la clase proletaria"; la libertad de elegir sin coerciones el puesto laboral conformaría una reliquia del individualismo, la insolidaridad y la desorganización del capitalismo, y su supresión sería una conquista socialista (ibid., p. 156). Sobre Buxarin cf. la bibliografía en: ibid., pp. 192-195; Sydney Heitman, *Zwischen Lenin und Stalin: Nikolaj I. Buxarin* (Entre Lenin y Stalin: Buxarin), en: Leopold Labedz (comp.), op. cit. (nota 7), pp. 96-114.

16. L.D. Trockij, *Verratene Revolution* (Revolución traicionada) [1936], Frankfurt: Neue Kritik, 1968, p. 56-58. Sobre este punto cf. Barrington Moore, *Soviet Politics — The Dilemma of Power. The Role of Ideas in Social Change*, New York: Harper & Row, 1965, p. 97 sqq., 117 sqq., 402 sqq.

17. Trockij, *Terrorisme*, op. cit. (nota 13), p. 290 sq.; Buxarin, op. cit. (nota 15), p. 9, 30-55, 114, 130; interesantes testimonios en: A. G. Löwy, *Die Weltgeschichte ist das Weltgericht. Buxarin: Vision des Kommunismus* (La historia universal es el Juicio Final. Buxarin: visión del comunismo), Viena, 1969, p. 154

18. L.D. Trockij, *Verratene Revolution*, op. cit. (nota 16), p. 12. El mismo tenor posee una obra anterior de Trockij, cuando aun tenía plena plena confianza en el modelo soviético y no se había percatado de sus "degeneraciones burocráticas" [1924]: *Kapitalismus oder Sozialismus? Eine Betrachtung der Sowjetwirtschaft und ihrer Entwicklungstendenzen* (¿Capitalismo o socialismo? Observaciones sobre la economía

soviética y sus tendencias de desarrollo), Berlin: Neuer Deutscher, 1925, p. 20, 58.

19. Buxarin afirmó que la "ciencia proletaria" es *per se* superior a toda ciencia burguesa y que por eso los marxistas tendrían el derecho de exigir acatamiento a sus "verdades": N. I. Buxarin, *El materialismo histórico*, Madrid: Cenit, 1933, p. 12.

20. N.I. Buxarin / E. A. Preobrazhenskij, *ABC du communisme* [1919], París: Maspero, 1971, t. I, p. 85 sq.; t. II, p. 119. Siguiendo una postura muy expandida en aquellos tiempos y partidos, Buxarin y Preobrazhenskij tomaron aspectos utópico-programáticos y afirmaciones teóricas de los clásicos como si fuesen fenómenos reales y empíricamente verificables. Sobre la considerable influencia ejercida en su día por el *ABC del comunismo*, cf. A. G. Löwy, op. cit. (nota 17), p. 125 sqq.

21. En mayo de 1924, cuando los acontecimientos y su soberbia ya lo habían colocado en la oposición, Trockij afirmó que "no se puede tener razón contra el partido" y que el partido siempre la tiene porque es "el único instrumento que la historia concedió al proletariado para resolver sus problemas". L.D. Trockij, *Discurso ante el XIII Congreso del PCR (B)*, en: Kostas Papaioannou, *Marx et les marxistes*, París: Flammarion, 1972, p. 374. Testimonios similares (y escalofríos) referidos a Buxarin en: *ibid.*, p. 380; A. G. Löwy, op. cit. (nota 17), p. 281. Un limitado elemento de autocrítica se encuentra en el opúsculo de N. I. Buxarin, *Proletarische Revolution und Kultur* (Revolución proletaria y cultura) [1923], Frankfurt: Makol, 1971, p. 38, donde el autor reconoce que las tradiciones culturales rusas y sus aspectos retrógrados serían responsables parcialmente por las "degeneraciones" de la Revolución de Octubre.

22. Cf. la obra clásica de Robert Vincent Daniels, op. cit. (nota 10), pp. 169, 179, 179, 221, 240, 304-311, 318; Paul Mattick, *Der Leninismus und die Arbeiterbewegung des Westens* (El leninismo y el movimiento obrero de Occidente), in: P. Mattick et al., *Lenin. Revolution und Politik* (Lenin. Revolución y política), Frankfurt: Suhrkamp, 1970, pp. 7-45.

23. Vladimir I. Lenin, *Was tun?* (¿Qué hacer?) [1902], en: Lenin, *Werke* (Obras), Berlin/RDA: Dietz, 1960, t. V, p. 361 sqq.; cf. el excelente estudio de Kostas Papaioannou, *L'idéologie froide. Essai sur le dépérissement du marxisme*, París: Pauvert, 1967, p. 43 sq., 61 sq.

24. Así las denominó Roberto Vincent Daniels en su exhaustiva y dramática obra: op. cit. (nota 10), *passim*. Sobre estos grupos y su trágico destino cf. las excelentes compilaciones: Gottfried Mergner (comp.), *Die russische Arbeiteropposition. Die Gewerkschaften*

in der Revolution (La oposición rusa de los trabajadores. Los sindicatos en la revolución), Reinbek: Rowohlt, 1972; Günther Hillmann, op. cit. (nota 12), pp. 54-67; Frits Kool / Erwin Oberländer (comps.), op. cit. (nota 10), *passim*, especialmente: Oskar Anweiler, *Einführung. Um die Zukunft der Revolution* (Introducción. Por el futuro de la revolución), en: *ibid.*, pp. 11-80.

25. Por ello fue extraordinariamente fácil establecer un aparato altamente burocratizado y bastante eficiente, la policía secreta, encargada de combatir a enemigos políticos reales e imaginarios. En torno a este objetivo se puede constatar una sintomática unanimidad entre Lenin y Stalin, Buxarin y Trockij, la oposición de izquierda y las fracciones de derecha. Sólo hubo alguna controversia en torno a la aplicación de métodos y a la intensidad de las medidas represivas. Cf. Borys Lewytzkyj, *Die rote Inquisition. Die Geschichte der sowjetischen Sicherheitsdienste* (La inquisición roja. La historia de los servicios soviéticos de seguridad), Frankfurt: Societät, 1967.

26. Tanto la oposición de la década de 1920 como la de 1960 no superó un reformismo muy modesto dentro del mismo sistema comunista: cf. Borys Lewytzkyj, *Politische Opposition in der Sowjetunion 1960-1972. Analyse und Dokumentation* (Oposición política en la Unión Soviética 1960-1972. Análisis y documentación), Munich: dtv, 1972; Udo Bernbach / Franz Nuscheler (comps.), *Sozialistischer Pluralismus. Texte zur Theorie und Praxis sozialistischer Gesellschaften* (Pluralismo socialista. Textos sobre la teoría y la praxis de sociedades socialistas) Hamburgo: Hoffmann & Campe, 1973, *passim*.

27. Cf. sobre esta temática: Emanuel Sarkisyanz, *Russland und der Messianismus des Orients* (Rusia y el mesianismo oriental), Tübingen: Mohr-Siebeck, 1955, p. 7, 138, 168; Richard Pipes, *Russland vor der Revolution. Staat und Gesellschaft im Zarenreich* (Rusia antes de la revolución. Estado y sociedad bajo el imperio zarista), Munich: dtv, 1984, *passim*; Umberto Melotti, *Marx y el Tercer Mundo*, Buenos Aires: Amorrortu, 1974. En todas las variantes del marxismo crítico faltó una obra como estas, que interpretan hasta cuál grado el socialismo realmente existente preservó *necesaria y conscientemente* las tradiciones autoritarias y totalitarias de la época presocialista.

28. Cf. algunas descripciones y reconstrucciones de la ideología oficial soviética antes de *Gor'bacëv*: Gustav A. Wetter / Wolfgang Leonhard, *Sowjetideologie heute* (Ideología soviética hoy), t. I: *Dialektischer und historischer Materialismus* (Materialismo dialéctico e histórico); t. II: *Die politischen Lehren* (Las doctrinas políticas), Frankfurt: Fischer, 1970; Henri

Chambre, *Le marxisme en Union Soviétique*, París: Seuil, 1955.

29. En 1924 Evgenij A. Preobrazhenskij, quien siempre perteneció a la oposición izquierdista dentro del Partido Comunista de Rusia (B), manifestó en el marco de su teorema de la "acumulación primaria socialista" cínica pero correctamente que los campesinos conformarían "las colonias" del proletariado industrial en explícita alusión al rol que jugaron las colonias de ultramar en el proceso de la acumulación capitalista primaria: E. A. Preobrazhenskij, *Die neue Ökonomik* (La nueva economía) [1924/1926], Berlin/W: s.e., 1971, passim. Sobre esta discusión cf. Alexander Erlich, *The Soviet Industrialization Debate 1924-1928*, Cambridge: Harvard U.P., 1967, cap. II; Rossana Rossanda, *Die sozialistischen Länder: ein Dilemma der westeuropäischen Linken* (Los países socialistas: un dilema de las izquierdas de Europa Occidental), en: KURSBUCH (Berlin), N° 30, diciembre de 1972, pp. 1-34.- Ya en 1920 Grigorij E. Zinov'ev (1883-1936), el gran dirigente de la fracción de izquierda, íntimo colaborador de Lenin y presidente de la Internacional Comunista, afirmó que las partes asiáticas de la Unión Soviética constituirían una especie de colonias para Rusia: G.E. Zinov'ev, *Discours au Soviet de Petrograd du 17. IX. 1920*, en: Kostas Papaioannou, *Marx...*, op. cit. (nota 21), p. 345. (Otros testimonios de los más prominentes líderes bolcheviques sobre esta temática y con el mismo tenor en: ibid., pp. 342-349.) Lo mismo puede aplicarse a los países satélites de la Unión Soviética después de 1945: cf. Marc Paillet, *Marx contre Marx. La société technobureaucratique*, París: Denoël/Gonthier, 1971, p. 151.

30. V. I. Lenin, *Ursprünglicher Entwurf des Aufsatzes "Die nächsten Aufgaben der Sowjetmacht"* (Esbozo original del ensayo "Las próximas tareas del poder soviético") [1918], en: Lenin, *Für und wider die Bürokratie. Schriften und Briefe 1917-1923* (En favor y en contra de la burocracia. Escritos y cartas 1917-1923), compilación de Günther Hillmann, Reinbek: Rowohlt, 1970, p. 24, 49; Lenin, *Die drohende Katastrophe und wie man sie bekämpfen soll* (La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla), en: Lenin, *Werke*, op. cit. (nota 23), t. 25, pp. 369-371. Críticas a esta posición: Oskar Anweiler, op. cit. (nota 24), p. 51 (con testimonios de Lenin no incluidos en la edición oficial de sus obras completas); Paul Mattick, op. cit. (nota 22), pp. 22 sq., 44-46; R. V. Daniels, op. cit. (nota 10), pp. 83-86, 108, 460; Kostas Papaioannou, *L'idéologie...*, op. cit. (nota 23), p. 52; Ulf Wolter, *Grundlagen des Stalinismus. Die Entwicklung des Marxismus von einer Wissenschaft zur Ideologie* (Fundamen-

tos del stalinismo. El desarrollo del marxismo de una ciencia a una ideología), Berlin/W: Rotbuch, 1975, pp. 83-94, 126.

31. V. I. Lenin, *Werke*, op. cit. (nota 23), t. 27, p. 333; otros testimonios similares de Lenin en: Kostas Papaioannou, *Marx...*, op. cit. (nota 21), p. 314

32. Sobre la restauración del despotismo oriental en la Unión Soviética por medio de Lenin y Stalin (a ello se debería la prohibición stalinista de discutir el *modo asiático de producción*) cf. la sugerente obra de Karl A. Wittfogel, *Die orientalische Despotie. Eine vergleichende Untersuchung totaler Macht* (El despotismo oriental. Una investigación comparada sobre el poder total), Frankfurt: Ullstein, 1977, p. VI, 189, 470 sq., 480, 545 sq.

33. Testimonios de Marx y Engels sobre lo que sucedería si tiene lugar un intento prematuro de construir el socialismo en un medio que económica y culturalmente no está preparado para ello: Karl Marx / Friedrich Engels, *Die russische Kommune. Kritik eines Myihos* (La comuna rusa. Crítica de un mito), compilación de Maximilien Rubel, Munich: Hanser, 1972, pp. 278-281, 319-325.

34. Andrej A. Zdanov (1896-1948), alto funcionario del partido y papa de la cultura soviética hasta su muerte, tuvo el mérito de haber aventajado holgadamente a Stalin en la producción de necesidades. Por otra parte, no faltaron preclaros espíritus de Occidente que cantaron loas a Stalin de la manera más indigna, como Henri Barbusse, Pablo Neruda y Paul Eluard. Cf. los testimonios similares de Louis Aragon y otros representantes de la cultura francesa en: Kostas Papaioannou, *Marx...*, op. cit. (nota 21), pp. 414-417.

35. Cf. dos buenas selecciones de las obras de Stalin, con interesantes prólogos de los compiladores: Iosif V. Stalin, *Zu den Fragen des Leninismus* (Sobre las cuestiones del leninismo), compilación de Hans-Peter Gente, Frankfurt: Fischer, 1970; Stalin, *Schriften zur Ideologie der Bürokratisierung* (Escritos sobre la ideología de la burocratización), compilación de Günther Hillmann, Reinbek: Rowohlt, 1970.

36. Cf. Lucio Colletti, *Marxismus und Dialektik* (Marxismo y dialéctica), Frankfurt: Ullstein, 1977, p. 12 sqq.; Heinrich Brinkmann, *Stalin — Theoretiker der Bürokratie* (Stalin — teórico de la burocracia), Giessen: Rotdruck 1971, p. 28 sq., 55 sqq., 61, 81.

37. Cf. Oskar Negt, *Marxismus als Legitimationswissenschaft. Zur Genese der stalinistischen Philosophie* (Marxismo como ciencia legitimatoria. Génesis de la filosofía stalinista), en: Abram M. Deborin / Nikolaj I. Buxarin, *Kontroversen über dialektischen und mechanistischen Materialismus* (Controversias sobre el

materialismo dialéctico y mecanicista), Frankfurt: Suhrkamp, 1969, pp. 7-48.

38. Karl Korsch, *Why I am a Marxist* [1934], en: ALTERNATIVE. ZEITSCHRIFT FÜR LITERATUR UND DISKUSSION (Berlín), vol. 8, N° 41, abril de 1965, p. 69, 71; Karl Korsch, *Marxismus und Philosophie* (Marxismo y filosofía) [1923], compilación de Erich Gerlach, Frankfurt: EVA, 1966, p. 34 sq. (sobre la aplicación de la concepción materialista de la historia a ésta misma). Cf. el interesante ensayo de Erich Gerlach, *Die Entwicklung des Marxismus von der revolutionären Philosophie zur wissenschaftlichen Theorie proletarischen Handelns bei Karl Korsch* (La evolución del marxismo de la filosofía revolucionaria a la teoría científica de actuación proletaria en Karl Korsch), en: Korsch, *Marxismus...*, ibid., p. 12.

39. Karl Korsch, *Zur Geschichte der marxistischen Ideologie in Russland* (Sobre la historia de la ideología marxista en Rusia), en: DER GEGNER, vol. 1932, N° 3, p. 9 sq.

40. Karl Korsch, *Der gegenwärtige Stand des Problems "Marxismus und Philosophie"* (El estado actual del problema "marxismo y filosofía") [1930], en: Korsch, *Marxismus...*, op. cit. (nota 38), p. 53 sqq.

41. Korsch, *Marxismus...*, op. cit. (nota 38), p. 101 sq.; cf. también Iring Fetscher, *Grundbegriffe des Marxismus* (Conceptos básicos del marxismo), Hamburgo: Hoffmann & Campe, 1976, pp. 18-22.

42. Korsch, *Zehn Thesen über Marxismus heute* (Diez tesis sobre el marxismo actual) [1950], en: ALTERNATIVE, op. cit. (nota 38), p. 89. Este breve artículo es el último que escribió Korsch. En él se advierte un claro distanciamiento de Korsch con respecto a todo el *corpus* teórico del marxismo, pero también la nostalgia por una doctrina coherente del proletariado con el fin de superar el "capitalismo monopolístico". Según Douglas Kellner, el investigador más destacado sobre la obra de Korsch, éste habría rechazado en sus últimos años una "armonía preestablecida entre la doctrina marxista y el propio movimiento proletario real"; Korsch habría impugnado la identificación forzosa del marxismo con la lucha de clases y las posiciones del proletariado. Marx y todas sus escuelas sucesorias habrían mantenido "una posición desastrosa" al pensar que los fenómenos contrarrevolucionarios (el imperialismo, el fascismo) representaban sólo "interrupciones" de la evolución histórica "normal" y que servían

para acelerar el posterior advenimiento del socialismo. Douglas Kellner, *El marxismo revolucionario de Karl Korsch*, México: Premià, 1981, p. 77 sq., 83; cf. también: Michael Buckmiller, *Karl Korsch und das Problem der materialistischen Dialektik* (Korsch y el problema de la dialéctica materialista), Hannover: Soak, 1976, passim.

43. Sobre la vida y obra de Karl Korsch cf. Douglas Kellner (comp.), *Karl Korsch: Revolutionary Theory*, Austin/Londres: Texas U.P., 1977; el número monográfico, dedicado a Korsch, de TELOS, N° 26, invierno de 1975/1976; Hedda Korsch, *Reminiscences of Karl Korsch*, en: NEW LEFT REVIEW (Londres), N° 76, noviembre/diciembre de 1972, p. 34 sqq.; Wolf-dietrich Rasch, *Brechts marxistischer Lehrer* (El maestro marxista de Brecht), in: ALTERNATIVE, op. cit. (nota 38), pp. 94-99; Andrew Arato / Paul Breines, *El joven Lukács y los orígenes del marxismo occidental*, México: FCE, 1986, pp. 262-272; Claudio Pozzoli (comp.), *Über Karl Korsch* (Sobre Karl Korsch), en: ARBEITERBEWEGUNG: THEORIE UND GESCHICHTE (Movimiento obrero: teoría e historia), vol. I, Frankfurt: Fischer, 1973; Michael Buckmiller, *Marxismus als Realität* (Marxismo como realidad), en: Pozzoli (comp.), ibid.

44. Muy convencional es la obra de Karl Korsch, *Die materialistische Geschichtsauffassung und andere Schriften* (La concepción materialista de la historia y otros escritos), compilación de Erich Gerlach, Frankfurt: EVA, 1971, e igualmente los pocos artículos que publicó hasta su muerte. En su único libro aparecido después de 1933. (*Karl Marx* [1938], Frankfurt: EVA, 1967), Korsch reitera lugares comunes del marxismo institucional: la solución de todos los problemas residiría en la estatización de los medios privados de producción (ibid., p. 18); el mundo se encaminaría al socialismo / comunismo por medio de la lucha de clases y de los estadios histórico-evolutivos descritos (o más bien prescritos) por Engels (ibid. pp. 23-31, 42, 127, 165, 172-176, 193 sq., 198). Desde muy temprano, Korsch propuso una dictadura sobre la vida privada de las personas y combatió la democracia formal, apoyando la fórmula tradicional de la dictadura del partido. Cf. Korsch, *Der Standpunkt der materialistischen Geschichtsauffassung* (El punto de vista de la concepción materialista de la historia), en: Korsch, *Marxismus...*, op. cit. (nota 38), p. 161 sq.